

Nadie escarmienta en cabeza ajena, y hay cosas que no se entienden hasta que las circunstancias le dan la vuelta a la tortilla y te hacen vivirlas en primera persona. Lástima que así sea.

<<Por Dios, menudo escalofrío que me acaba de dar; seguro que ya he pillado otro resfriado. ¡Achís! ¡Achís! No, si ya lo decía yo; vaya tela, y con el día que me espera. >>

Apenas se dirigen un par de palabras durante las veinticuatro horas del día, un lapso de existencia acotado por la seriedad y ultrajado por esa rutina que actúa como una telaraña donde quedan atrapadas las ilusiones de ayer. El cansancio es una excusa que se tiene al alcance de la mano para adormecer una pasión voraz que, de un tiempo a esta parte, quedó transfigurada en una realidad mortificante dentro de la crisálida que fue tejida por esa indiferencia que ambos han comenzado a prodigarse sin sentir remordimientos ni pudor alguno. El vello de la piel ya no se eriza con el contacto. Casi no recuerda desde cuándo no siente estremecimientos placenteros. ¿Su relación? Podríamos compararla con un suelo lleno de cáscaras de pipas devoradas con ansia para matar el tedio. Un ramalazo de tristeza cruza por sus entrañas. Monta una sonrisa en sus labios, perfilados por ciertos vestigios de agrura.

Peinas tu cabello. Arrastras las lágrimas con el dorso de la mano, y sorbes los mocos; tú y yo sabemos que no son fruto del resfriado. No hay que sentir vergüenza por llorar de vez en cuando; es bueno en según qué casos, y en este lo es. Desahógate. Pellizcas las mejillas para subir el tono de la piel, últimamente demasiado pálida, muy deslucida. Piensas si no te has descuidado, si no te has abandonado en exceso. Al mirarte en el espejo, apenas te reconoces; el tiempo abarrota y arrasa de una manera brutal facciones y ánimo, ¿verdad? Pero te dices que nunca es tarde para recuperar lo perdido; eso sí, sin apenas convencimiento. No obstante, te atreves a lanzar sobre la imagen que refleja el azogue una pregunta que te duele en el fondo del alma de tanto como te la has hecho: ¿Por qué no puede ser hoy el día idóneo para cambiar, para que todo cambie al fin, para recuperar o revivificar las emociones que se desdoraron por culpa de ese automatismo que hace desfallecer hasta las ganas de vivir?

El agua hirviente burbujea en la cafetera. El aroma del café recién hecho conquista palmo a palmo cada rincón de la casa. Siempre le gustó el olor del café recién hecho, su

fragancia cálida de hogar; por eso le gusta prepararlo nada más levantarse, mientras recoge un poco la cocina.

De un tiempo a esta parte, las tareas domésticas —esas que la sociedad ha etiquetado como exclusivas de las mujeres- te vienen resultando demasiado pesadas, casi insoportables. Sois dos en casa, mucho espacio para tan poca gente. Entre las cuatro paredes de tu hogar parece que cada día se ensancha más tu desánimo. Los pasillos los juzgas como más largos; los techos como más altos; las habitaciones como más enormes... tus fuerzas, sin embargo, cada vez están más mermadas. Pero a pesar de todo, la casa siempre está a punto; así lo exige la norma social. Y eso que tu pareja no te echa una mano, lo cual remueve tus tripas por dentro.

<<Si al menos me reconociera el esfuerzo... -musitas entre dientes-... Es que ni quita el plato de la mesa después de comer. Y no quiero contarles la ropa; siempre la tiene al retortero. Eso sí, yo se la tengo que tener bien lavada y planchada, y colgadita en el armario, que no vean ustedes cómo le gusta la pulcritud. Y el orden... el orden le obsesiona. Pero claro, no mueve un dedo. Se cuida mucho de que sea yo quien lo disponga todo perfecto en su lugar, punto y hora. Fíjense que llega del trabajo, y nada más entrar por la puerta (que ni un beso me da muchas veces) lo primero que suelta por la boca es “Tengo hambre; mucha; ¿qué vamos a comer?”. Pues bien, si he preparado algo que le guste no dice ni esta boca es mía, pero si la comida no es de su agrado... ¡Quia! Entonces no dice nada, pero me raja con la mirada. Eso sí: no le preguntes qué hacemos de comer para mañana, que ni se preocupa por ayudarme a decidir el menú. Parece mentira, pero da la impresión de que eso le parece una cosa simple. Con encogerse de hombros tiene bastante; ni que no supiera los quebraderos de cabeza que da el estar todo el santo día pensando en la comida del día siguiente. Llega, se mete en su despacho y no quiere saber nada del mundo, pero del mundo doméstico, que del otro mundo, el exterior, ya se ocupa a través de internet, todo el rato con el ordenador y el móvil, hasta que, a viva voz, a grito pelado, le proclamo que ya está la comida en la mesa. ¡Qué hartura! Recuerdo que antes, mientras comíamos, no parábamos de hablar, aunque fuera de tonterías. Ahora solo escuchamos los cubiertos chocando contra los platos, y los dientes mascando. El silencio que se interpone entre nosotros llegaría a ser atronador si no fuera porque de fondo se escucha la televisión, que yo creo que la enciende para no prestarme atención. Todo el día sin vernos, y luego resulta que no tenemos nada que contarnos. ¡Cómo me duele tanta incomunicación! Se nos olvidó hasta reír. Olvidárseme a reír; a mí, que siempre me dijeron que parecía un sonajero. Resulta que no me pregunta ni cómo me fue el día. Y si le pregunto por

cómo le fue en el trabajo... Mejor no hacerlo; a veces, el punto en boca es sabiduría, porque de lo contrario se sube por las paredes, y paga conmigo sus malos humores, gastándose unas maneras que zahieren el ánimo y poco menos que matan el cariño. ¡Qué rabia! Y yo me tengo que tragar todo, los dolores del cuerpo, lo largos que se me hacen los días, sin apenas salir ni a tomar un café, que me paso días y días sin ver a los vecinos; no digamos ya bajar al bar a tomar una infusión, que hasta la calderilla me controla. Pero cómo he dado lugar a enclaustrarme en casa, dale que te pego al plumero, venga escoba y fregona, venga lavadoras, que no sé ni cómo pongo tantas cuando somos dos monos en casa. Luego, saca la ropa mojada de la lavadora, métela en el barreño y acarrea con él escaleras arriba, hasta la azotea; tiende que te tiende, y luego recoge, haga frío o calor, tirites o te dé un soponcio o un sofoco... ¡Madre mía, qué manera de trabajar! Como una purita bestia de carga todo el santo día. Y no digamos nada de la plancha; ahí sí que se me quiebra la espalda. Pero lo peor es que ve que no paro ni de noche ni de día y no es capaz de quitarme un golpe; al contrario, siempre poniendo cosas por medio, que hasta las revistas las deja abiertas encima del sofá. Quiero creer que no lo hace adrede. Pero vamos, no creo yo que piense que la casa está siempre como un jaspe por arte de birlibirloque, o que la compramos con duendes que la dejan como los chorros del oro cuando nosotros dormimos. Pues nada, nunca me dice nada; ni que bien ni que mal, como si esa, y no otra, fuera mi responsabilidad exclusiva. Es más: seguro que piensa que trabajar dentro de casa es como una sonrisa del destino que debo responder con agradecimiento eterno. ¡Pues hay sonrisas que matan! Fíjense que ve que me levanto al amanecer, que me acuesto de madrugada; pues como si nada, y como si tal cosa se queda. Claro, claro, ya sé: para cansancio el que trae del trabajo. ¡Por Dios! Y no se te ocurra no prestarle atención cuando habla de los problemas del negocio. Madre mía si llega a creer o sospechar que no estoy comprendiendo sus cosas... Entonces te la monta parda; gritos por aquí, insultos por allá... Cielo santo, adónde hemos ido a parar, con lo que nos queríamos, que yo no abría la boca y ya todo eran atenciones por su parte, a veces hasta el aburrimiento de tanto empalago. Pues ni tanto ni tan poco, que ahora la abro y hasta se atreve a decirme que me huele el aliento. ¡Qué poca delicadeza! ¡Y qué de vueltas da la vida! Tantas como la cucharilla en la taza del café que me tomo en casa a media tarde, que ese es el único momento de sosiego que puedo permitirme en todo el día, aunque sea de pie, junto a la encimera, vueltas y vueltas la cucharilla en la taza para crear un remolino por el que me gustaría escurrirme, más que nada para escapar de tanta angustia, de tantas renunciadas... de ser tan invisible. ¿Cómo fui capaz de dejar mis estudios en la universidad? Pero si ya tenía la carrera casi terminada. Pero claro, como tenía tantas ganas de casarse... y como un amigo me ofreció un puesto de trabajo en su empresa, la misma que luego se fue al garete... Ahora aquí me veo, como esas chachas que parodian en la televisión, que solo me falta el pañuelo anudado en la cabeza. Todo el día ando en zapatillas, con las frustraciones por delante;

pensando que no tengo un trabajo en la calle porque la rutina me hizo aposentarme entre estas cuatro paredes; preguntándome adónde voy a ir ahora a pedir trabajo... ¿Quién me va a contratar a mi edad? ¿De qué? Y todo por aceptar quedarme en casa porque, así me lo aseguró y yo me lo creí, con su sueldo podíamos tirar para adelante, más o menos achuchados, pero adelante. Pues ahora resulta que cuando llega mitad de mes, los dos no paramos de refunfuñar porque el dinero apenas nos llega. Y aun así, tengo que seguir escuchando su monserga: <<Tú te quedas en casa, que ya me apaño yo para meter billetes en casa>>. Billetes sí, pero no en la casa; en su cartera más bien, que le tengo que rogar hasta para hacer la compra. Y yo teniendo que hacer el pino para llenar la cesta de la compra, que me tengo que recorrer todos los supermercados a la caza de la oferta, una aquí, otra allá, que lo que me ahorro por un lado me lo gasto en suela de zapatos por otro. Y no le pidas el coche, ese es suyo; pobrecito, no se vaya a romper. En fin, esto no hay quien lo aguante, aunque como dice la canción: "Y sin embargo, te quiero". Pues yo ya estoy empezando a dudarlo. >>

Prepara las tostadas. Ya se levantó su pareja; escucha cómo trajina en el baño. Con unos buenos días tan débil como un suspiro, sin apenas cruzar la mirada, dan paso a un desayuno callado y rápido. Se despiden en la puerta, con un beso furtivo en los labios.

María, elegantemente vestida, se dirige al trabajo. José, aún en pijama y bata, cierra la puerta; apoya su espalda en ella. Los párpados se le caen a plomo.

José, seguro que te preguntas:

<< ¿Cuándo reconocerán tanto trabajo invisible? >>

Suspira, venga, y bien hondo. Hoy toca limpiar el polvo, lavar las cortinas, hacer la colada... ¿También darle un agua a la cristalería de la vitrina?

<< ¿Para qué, si no sé desde cuándo no tenemos invitados a cenar?>>

Pero comienzas a sacar la vajilla de lujo del aparador.

Un día más, un simple día (veinticuatro horas enfermas de rutina que conforman días idénticos a los demás días de la existencia de José junto a María). A José le espera la casa, todo el trabajo que esta conlleva, que apenas nadie valora... casi una dolencia que ataca su ánimo y le hace resollar:

<<Ay Jesús, Jesús... ¡Achís! ¡Achis! No, si ya decía yo; menudo tranco he pillado. ¡Achís!>>.